

TEMA 5. Aristóteles

Presentación

¿Quién era Aristóteles? ¿Cuáles eran los principales intereses de la filosofía en su época? ¿En qué consistió su originalidad específica como filósofo? El tema que aquí se presenta trata de responder a tales cuestiones. Para ello, el marco de trabajo se va a centrar en la concepción aristotélica de la realidad.

En primer lugar, se va a ofrecer una breve introducción al contexto histórico y filosófico. En segundo lugar, se va a presentar una panorámica general de su pensamiento. En tercer lugar, se compartirán algunas consideraciones finales acerca de la vigencia de su pensamiento.

1.- Introducción: contexto histórico y filosófico

2.- El estudio de la naturaleza en Aristóteles: la Física y la Metafísica

3.- Acerca del alma. Monismo antropológico

4.- Teoría del conocimiento. Empirismo

5.- Ética a Nicómaco. La felicidad como eudemonía

6.- Política. Sobre los gobiernos justos

7.- Algunas consideraciones finales

8.- La síntesis aristotélica-cristiana de Santo Tomás.

1.- Introducción: contexto histórico y filosófico

Aristóteles nace en el año 384 a. C. en Estagira (Macedonia) en un periodo de desgaste político y debilitamiento económico debido, entre otras causas, a las guerras y enfrentamientos constantes entre las ciudades griegas. Este proceso de decadencia culmina a finales del siglo IV a. C cuando Alejandro Magno, rey de Macedonia, unifica bajo su Imperio toda Grecia y emprende la expansión de su Imperio hacia Oriente.

La ampliación del horizonte político que supuso el Imperio de Alejandro trajo consigo dos elementos que determinaron la decadencia del pensamiento griego anterior. Por un lado, con la separación del individuo de la polis, el ciudadano ya no se siente ligado a una comunidad próxima a su circunstancia vital, donde el ciudadano de la época clásica había encontrado el marco básico para su desarrollo personal. Esta situación se refleja en varios aspectos del pensamiento helenístico, como la superación del providencialismo y la reivindicación del mundo como patria (cosmopolitismo) o la creencia de que la felicidad del individuo no coincide necesariamente con el bien del Estado. Por otro lado, el Imperio supuso que la cultura griega superase los límites geográficos de la nación, provocando la helenización de otras tierras y culturas y, a su vez, la entrada en el mundo griego de elementos orientales, lo que afectó también a la propia filosofía, destacando diversas escuelas entre las que se suscitan polémicas, pero también influencias mutuas.

Hijo del médico oficial de la corte del rey Amintas II, tras la muerte de su padre Aristóteles se traslada a Atenas, donde entra en contacto con la Academia de Platón y en la cual permaneció 20 años (primero como alumno y después como profesor). Filipo II le encarga la educación de su hijo Alejandro y, al igual que su maestro, también funda una escuela filosófica, denominada Liceo por estar situada en un santuario dedicado a Apolo Licio. A la muerte de Alejandro en el 323 a.C. resurgen los sentimientos anti-macedonios y Aristóteles se refugia en Calcis, en la isla de Eubea, donde muere en el año 322 a. C. Teofraсто le sucede al frente del Liceo.

Su obra es extensa. Durante su estancia en la Academia escribe las llamadas obras exotéricas o escritos de divulgación. Tenían forma de diálogos y manifiestan una clara influencia platónica. La gran mayoría se han perdido. Las que sí se conservan son las obras esotéricas, destinadas al uso interno del Liceo. Entre sus obras principales cabe destacar los tratados de lógica (Categorías, Analíticos, Tópicos...), de filosofía natural (Acerca del alma, Física, Historias de animales...), sus obras de filosofía práctica (Ética a Nicómaco, Política), las de estética (Poética y Retórica) y su Metafísica.

2.- El estudio de la naturaleza en Aristóteles: la Física y la Metafísica

El campo de estudio predilecto de Aristóteles es la naturaleza, especialmente la biología. De ahí su metodología empírica, en contraste con el enfoque teórico de la Academia platónica. Todo el pensamiento de Aristóteles deriva de la observación minuciosa de los individuos, ya que son éstos y no unas supuestas formas universales lo que constituye la auténtica realidad y el punto de partida de cualquier investigación.

Su obra *Física* es una introducción general al estudio de la naturaleza, compuesta de ocho libros. En el libro I, aborda la definición de la física, afirmando que su objetivo es el estudio de los principios de las cosas y de la *physis*, y los tres principios fundamentales son: la materia, la forma y la privación. El estudio de la física se encamina sobre todo a la materia, que es tangible y está en movimiento. De este modo, el estudio del movimiento es esencial a la física. En el libro II examina las causas de las cosas, que son cuatro: material, formal, eficiente y final. En el libro III emprende el estudio del movimiento definiéndolo como el tránsito del ser en potencia al ser en acto. Este movimiento muestra que el mundo es dinámico y cambiante, y este cambio acontece en el espacio, vinculado al tiempo y al vacío. Introduce además la noción de infinito, al que dedica el final del libro III y el IV. Los libros V y VI también los dedica al movimiento y distingue los diferentes tipos de movimiento en función de los diferentes tipos de contrarios que actúan como punto de partida y de llegada: cualitativo, cuantitativo y local. Finalmente, dedica los últimos dos libros a la demostración de la existencia de un primer motor inmóvil y acto puro. Un Ser Perfecto al que llama Theós, y de cuyo estudio se ocupará la teología.

Ahora bien, hemos dicho que Aristóteles parte de la observación, y lo primero que observa es que en la realidad hay muchas cosas, y que lo que tienen en común todas ellas es que “son”, y esta característica la comparten los seres humanos y los animales, los animales y las plantas, las plantas y los seres inertes, las cualidades y las relaciones. Este será el objeto de estudio de su filosofía primera: “el estudio del ser en cuanto ser, y sus atributos esenciales”. En el siglo I a. C Andrónico de Rodas reorganiza los 14 libros de la filosofía primera y los coloca juntos bajo el rótulo de *Metafísica* (ta metá ta physiká, lo que va después de las cosas físicas).

En su *Metafísica*, Aristóteles analiza qué es el ser, lo que existe, y a este respecto elabora una crítica sistemática a la teoría de las ideas de Platón:

- 1.- En primer lugar, duplicar la realidad es duplicar los problemas, ya que no solo hay que explicar la complejidad del mundo que nos rodea, sino la del nuevo mundo teórico que se postula.
- 2.- Por otro lado, si las esencias de las cosas están separadas de ellas, entonces no son sus esencias.
- 3.- Además, afirmar la existencia de Ideas no permite explicar el origen o el cambio de las cosas. Platón se vio obligado a introducir la existencia de una mente ordenadora o Demiurgo que Aristóteles no está dispuestos a aceptar.
- 4.- Finalmente, critica el intento de matematización de la teoría de las Ideas, ya que complica aún más la teoría y acerca el platonismo al pitagorismo.

Así, podemos considerar que Aristóteles es platónico en la medida en que acepta la existencia de esencias y la búsqueda de universales, pero, frente al realismo extremo de Platón, afirma que las esencias de las cosas no existen separadas de las cosas, sino en ellas mismas, como formas o sustancia segunda.

Pues bien, una primera constatación que hace Aristóteles es la polisemia del ser. El ser de dice de muchas maneras. Decimos que Pedro es, que el gato es, que es nuestro amigo, o que

es un color, y todas son formas de ser muy distintas. Profundizar en esta idea es la clave para solucionar el problema del cambio.

Al respecto, Aristóteles se muestra partidario de conservar la unidad del ser: “el ser”, “lo que es”, se dice de las sustancias o entidades (en griego ousía). Es decir, la sustancia es todo individuo concreto, que tiene existencia propia, y sobre el que se puede predicar distintos accidentes. Sustancia y accidente son los dos géneros supremos de ser.

Ahora bien, la experiencia muestra también que la sustancia se transforma y sufre modificaciones. Para explicar cómo es posible el cambio, Aristóteles recurre a dos pares conceptuales: materia y forma; potencia y acto.

Respecto al primero, la experiencia revela que en la realidad física hay cosas o individuos agrupados en diferentes tipos: vacas, perros, plantas, humanos, etc., y todos ellos están hechos de lo mismo, de materia. Lo que diferencia un tipo de otro es la manera en que se organiza esa materia, es decir, la forma que adoptan. Dicho de otra manera, toda sustancia es materia organizada de acuerdo a una forma. De ahí que la teoría aristotélica de la sustancia se llame hilemorfismo, donde khylé es la materia y morfé es la forma, aquello que determina a la materia en el sentido de que hace que tenga determinadas cualidades o características, pudiendo clasificar las sustancias en clases, grupos o especies.

La experiencia constata también que los individuos que comparten una misma forma son diferentes entre sí, pues tienen diferente materia. Por ello, Aristóteles distingue entre dos tipos de materia:

Materia primera, que constituye el sustrato último de todo cambio y su existencia es meramente lógica. Carece de toda forma y por tanto es incognoscible.

Materia próxima, que es la responsable de que los individuos que comparten una misma forma sean diferentes entre sí, ya que la organización de la materia no acontece en general sino en individuos concretos. El corazón de Sócrates es de Sócrates y no de otro. Esta

concreción de la materia organizada en una sustancia primera o individuo particular es lo que Aristóteles llama principio de individuación.

La teoría hilemórfica distingue además tres principios del movimiento:

La materia o sustancia primera. Es el sujeto del cambio. Lo particular.

La forma o sustancia segunda. Es la esencia de las cosas. Lo universal.

La privación; cuando una cosa cambia, adquiere una forma de la que estaba privada.

Por tanto, el cambio es la adquisición de una forma de la que la materia estaba privada. Se da cuando algo que existe en potencia pasa a existir en acto.

Así, respecto al segundo par de conceptos, Aristóteles define el cambio como el paso del ser en potencia al ser en acto, donde la potencia es la posibilidad que tiene la materia de una sustancia de recibir una forma, y donde el acto es la forma actual que tiene una sustancia en un momento determinado. Así, por ejemplo, el huevo es huevo en acto y gallina en potencia, del mismo modo que un embrión es embrión en acto y ser humano en potencia.

Dicho de otro modo, el cambio es la actualidad de lo potencial. La teoría de la potencia y el acto, que es una generalización de la teoría hilemórfica, subdivide la potencia y el acto en dos tipos más:

Potencia activa; la que produce la acción, como por ejemplo el fuego que calienta.

Potencia pasiva; la que recibe la acción, como por ejemplo la leche que es calentada.

El acto *enérgeia* es la acción de la potencia activa; es decir, el acto de calentar.

El acto *entelequia* es la actualización de la potencia; es decir, la leche convertida en mantequilla.

A partir de estas dos teorías, la teoría hilemórfica y la teoría de la potencia-acto, Aristóteles desarrolla su concepción del cambio. Rechaza la explicación de Parménides como el paso del no ser al ser y del ser al no ser y defiende que todo lo que admite composición (materia

y forma) es susceptible de cambiar a otra cosa determinada. Según afecte a la sustancia o a los accidentes, distingue dos tipos de cambio:

Cambio sustancial, que supone la generación de una sustancia nueva o la corrupción de una ya existente.

Cambio accidental o movimiento, que supone la modificación de alguna característica de la sustancia y puede ser de tres tipos: según la cantidad (crecimiento y disminución); según la cualidad (alteración); y según el lugar (traslación).

Dicho de otro modo, el predicado que se atribuye a un sujeto, o bien expresa lo que el sujeto es, sustancia, o bien expresa alguna determinación accidental que le sobreviene. Estos predicados son las categorías, los géneros más universales con que podemos definir las cosas. Aristóteles distingue 10 géneros supremos del ser o categorías: sustancia (ser en sí) y sus 9 accidentes (cantidad, cualidad, relación, lugar, tiempo, posición, estado, acción y pasión).

En muchas ocasiones, Aristóteles utiliza el término cambio y el término movimiento como sinónimos, ya que el movimiento es un tipo principal de cambio.

Pero Aristóteles no se conforma con definir y clasificar los diferentes tipos de cambio, sino que trata de explicar por qué se produce, convirtiéndose en el primer filósofo que propone una teoría de la causalidad. Mientras que los primeros pensadores griegos habían tendido a asumir un único tipo de causa, Aristóteles distingue cuatro causas o principios del ser: material, formal, eficiente y final. Supongamos, por ejemplo, una estatua de bronce en el templo de Apolo.

La causa material es la materia de la que está compuesta o hecha una cosa. En este caso, el bronce.

La causa formal es el tipo, la clase o la especie, aquello por lo que algo es lo que es. En este caso, la forma de la estatua.

La causa eficiente o motriz es la fuente de movimiento, generación o cambio, aquello que ha hecho a algo. En este caso, el escultor.

La causa final es el objetivo o pleno desarrollo de un individuo, o la función planeada de una construcción o invento. Es aquello para lo que algo existe. En este caso, decorar el templo.

Las dos primeras causas (material y formal) son intrínsecas; constituyen a los seres naturales. Las dos últimas son extrínsecas; necesarias para explicar el cambio. Ningún cambio tiene lugar sin la causa eficiente, ya que no puede haber paso de la potencia al acto sin que exista un motor ya en acto. Por su parte, la causa final indica el sentido de todo cambio, que es fundamentalmente avanzar hacia la actualización de la forma. Por tanto, el cambio es el camino que recorren las cosas para actualizar su forma, su esencia. Es el camino que recorren para realizarse y llegar a ser plenamente lo que son.

Cabe señalar también que, tal como escribió Aristóteles en la *Física*, el cambio acontece en el tiempo y el espacio. Es decir, para Aristóteles, los objetos no están en el no ser, que no existe, sino que están en algún lugar o tópos, que define como “el límite del cuerpo envolvente”. Dicho de otro modo, Aristóteles concibe todos los cuerpos como envueltos por otros cuerpos, y de ahí hace surgir el lugar. Por tanto, contrariamente a lo que pensó Demócrito, no existe el espacio vacío, sino que todo está lleno de cuerpos. Afirma también que no hay cambio sin tiempo o krónos, que define como “la medida del cambio según el antes y el después”. Ahora bien, aunque para abordar la cuestión del tiempo lo vincula al movimiento, lo separa de éste, ya que un movimiento puede ser rápido o lento, mientras que esto no tiene sentido decirlo del tiempo. Una idea que refuta Einstein a principios del siglo XX con su teoría de la relatividad: el espacio, el tiempo y la masa dejan de ser realidades estables y objetivas para convertirse en variables que dependen del movimiento del observador. El tiempo no corre igual cuando estamos en reposo que cuando nos desplazamos, aunque estas diferencias no pueden percibirse a las velocidades con que nos movemos habitualmente.

En cuanto a su cosmología, el universo aristotélico es único, eterno (no creado por ningún ser); finito (es limitado y ese límite es la esfera de las estrellas fijas); geocéntrico (la tierra ocupa el centro del universo); teleológico (todos los seres tienen una finalidad) y heterogéneo (dividido en dos mundos distintos: mundo sublunar y mundo supralunar).

Respecto al mundo sublunar, rechaza la concepción mecanicista de Demócrito y sostiene que todos los seres tienen un fin que les es propio por naturaleza. Para definir el fin de los seres físicos, Aristóteles distingue entre seres animados e inanimados. Los seres animados tienden al perfeccionamiento de su ciclo, mientras que los seres inanimados tienden a ocupar su lugar natural. Así, la tierra tiene su lugar natural por debajo, en y alrededor del centro del universo, el agua tiene su lugar natural inmediatamente por encima de la tierra, el aire tiene su lugar natural por encima del agua, y el fuego tiene su lugar natural por encima del aire.

Por su parte, el mundo supralunar está dividido por dos esferas concéntricas y transparentes que rodean el mundo sublunar: la esfera de los planetas y la esfera de las estrellas fijas (dotadas de movimiento circular uniforme). El movimiento de los planetas o “estrellas errantes” se explica a través del movimiento de esferas concéntricas. Eudoxo distinguió 26 esferas. Su discípulo Calipo las amplía a 33 y Aristóteles llegó hasta 55 esferas traslúcidas. Mientras que en el mundo sublunar se da la generación y corrupción, las sustancias celestes son eternas, inmutables e incorruptibles. Su fin propio es imitar del modo más perfecto posible el movimiento más perfecto de todos, que es el movimiento circular uniforme.

Su teología tiene como objeto la forma más elevada de ser. Aquello que es eterno, inmóvil e inmaterial. Es decir, la indagación acerca de cómo se produce el movimiento lleva a Aristóteles a preguntarse cuál es el origen de todos los movimientos. A este respecto, afirma que el movimiento del mundo sublunar depende del movimiento de la esfera de la luna, que a su vez depende de las otras esferas, y en último término de la esfera de las estrellas fijas. Ahora bien, como todo lo que se mueve es movido por otro, la esfera de las estrellas fijas tiene que ser movida por otro motor, pero como es imposible una serie infinita de motores movidos por otro, tiene que haber un primer motor responsable del

movimiento. Este primer motor es inmóvil, puesto que, si se moviese, siendo el responsable de todo movimiento, se movería a sí mismo, lo que es imposible. Es acto puro, carente de toda potencialidad, ya que de lo contrario tendería a su actualización, lo que implica se mueva a sí mismo, lo que es imposible. Y es inmaterial, ya que la potencialidad de las sustancias radica en la materia.

Además, este primer motor inmóvil mueve por vía de eficiencia y por vía de finalidad. Es decir, como causa eficiente del movimiento es responsable de la puesta en marcha de las cosas, y como causa final es responsable de la actualización de todas las potencias. Por último, Aristóteles concibe el movimiento del universo como fruto de un anhelo amoroso de perfección. Es decir, el primer motor inmóvil mueve las cosas hacia su perfección a través del amor. Aristóteles llama Theós a este primer motor inmóvil, responsable del movimiento de todas las cosas hacia su pleno desarrollo y perfección.

Llegados a este punto, podemos referirnos a otros aspectos del pensamiento aristotélico. Al igual que ocurre con su maestro Platón, un primer rasgo a destacar es la estrecha relación entre antropología, ética y política. Y todas ellas están marcadas, a su vez, por su concepción hilemórfica de la realidad y su orientación teleológica.

3.- Acerca del alma. Monismo antropológico

Su tratado, *Acerca del alma*, funda la psicología, del griego psique, que significa alma. De acuerdo con Aristóteles, todas las sustancias están compuestas de materia y forma, incluido también el ser humano, donde la materia es el cuerpo y la forma es el alma, que actúa como fuerza vital y como fundamento de las actividades humanas. De modo que habrá tantos tipos de alma como actividades posibles:

El alma vegetativa; que realiza las funciones biológicas más básicas, como nutrición, crecimiento y reproducción. Está presente en las plantas y en los animales.

El alma sensitiva; que añade a las funciones anteriores el conocimiento sensible, la actividad apetitiva (fuente de deseos) y la actividad locomotriz. Está presente en los animales, pero no en las plantas. Las plantas no conocen, ni desean, ni se mueven.

El alma intelectual o racional; que añade a las funciones anteriores el conocimiento racional, la actividad pensante que posibilita una comprensión y explicación de la realidad y el comportamiento libre. Solamente está presente en el ser humano.

Por tanto, la razón es la forma que nos es propia, nuestra esencia, y la actividad racional es la función específica a la que debemos orientar toda nuestra conducta. Solo el placer por el conocimiento puede otorgarnos el reposo y la felicidad que inútilmente buscamos en los placeres que compartimos con los animales.

A diferencia de Platón, de su concepción hilemórfica se sigue que el alma es mortal, ya que la forma ha de ir necesariamente unida a la materia. O, dicho de otra forma, el alma no puede existir sin el cuerpo.

4.- Teoría del conocimiento. Empirismo

Estrechamente relacionada con su concepción del alma está su teoría del conocimiento, en la que establece una clasificación de los saberes, desde los más elementales, compartidos con los animales, hasta los más superiores, específicamente humanos. En el nivel inferior se encuentra el conocimiento sensible, que incluye la percepción, la memoria y la imaginación. El tipo de saber que se obtiene por medio de estas facultades es la experiencia, el conocimiento de los objetos individuales, las sustancias. De acuerdo con Aristóteles, el origen del conocimiento se encuentra en la experiencia. Este enfoque empirista lo aleja definitivamente de su maestro Platón y lo convierte en uno de los precedentes más importantes del empirismo, el cuál alcanza su máxima expresión en el siglo XVII de la mano de autores como Locke, Berkeley y Hume.

En el nivel superior se encuentra el conocimiento intelectual, que consiste en abstraer la forma universal (el concepto) de aquellas imágenes parecidas suministradas por la experiencia. Con estos conceptos abstractos el entendimiento realiza juicios y razonamientos que dan lugar al saber técnico y científico. La ciencia está en un nivel superior a la técnica, ya que es el conocimiento universal y necesario de las causas de las cosas. Sin embargo, tiene como límite el ámbito propio de cada saber. Así, por ejemplo, la biología se ocupa de las causas de la vida, pero no puede explicar por qué la vida es lo que es. Cuando ya no nos ocupamos de las causas próximas, sino de las causas últimas, entramos en el terreno de la filosofía. La filosofía es, por tanto, el más elevado y digno de los saberes. Solo la filosofía nos permite afirmar con verdad que conocemos la realidad. Solo la filosofía satisface las aspiraciones humanas de saber y nos aporta la felicidad.

5.- Ética a Nicómaco. La felicidad como eudemonía

La idea de finalidad o tólos preside toda la obra de Aristóteles. La ética se ocupa del fin del individuo y la política se ocupa del fin de la ciudad.

En *Ética a Nicómaco*, Aristóteles señala que el fin último al que aspiran todos los seres humanos es la felicidad y propone el camino para alcanzarla. Ello exige, en primer lugar, ciertos bienes corporales (la salud) y ciertos bienes materiales (recursos económicos) pero muy especialmente ciertos hábitos o disposiciones a actuar de forma excelente, que Aristóteles llama virtudes o areté, excelencia en griego. Al igual que Platón, Aristóteles considera que las virtudes son aquellas cualidades que nos permiten alcanzar nuestro fin, nuestra perfección. Pero a diferencia de Platón, que se centra en la vida teórica, Aristóteles distingue entre virtudes éticas y dianoéticas. Las virtudes éticas están asociadas al modo en el que nos comportamos en nuestra relación con los demás y requieren del ejercicio constante o la repetición de ciertos actos. Así, por ejemplo, nos hacemos valientes realizando actos de valentía. Además, estas virtudes éticas consistirán en elegir siempre el término medio entre dos extremos, los cuales, por ser extremos, son vicios que hay que evitar, o bien por defecto, como la cobardía, o bien por exceso, como la temeridad. Por su parte, las virtudes dianoéticas están asociadas a la razón teórica y son aquellas que nos

ayudan a conocer la realidad e intervenir en ella. Entre las virtudes dianoéticas destacan la sabiduría, la intuición intelectual, la ciencia y el arte, pero además Aristóteles menciona la prudencia como una virtud dianoética de enorme importancia, ya que nos ayuda a determinar racionalmente cuál es el mejor modo de comportarnos en la práctica. Así, por ejemplo, una persona prudente sabrá encontrar cuál es el término medio que debe elegir en cada caso, de acuerdo con su situación y sus circunstancias particulares.

6.- Política. Sobre los gobiernos justos

Pues bien, en la *Política*, una de sus obras de madurez, Aristóteles sostiene que el hombre es un ser social por naturaleza, ya que solo podemos alcanzar la felicidad en la práctica, aprendiendo a comportarnos adecuadamente en nuestra relación con los demás. Como prueba de la sociabilidad natural del hombre, Aristóteles señala el hecho de que la naturaleza lo ha dotado del don de la palabra o lógos, mientras que los demás animales solo emiten sonidos. Pero la palabra no es solo lógos, sino también diá-lógos, que implica la comunicación con el otro. Así, a través del lenguaje el hombre puede comunicarse con sus semejantes para llegar a un acuerdo acerca de lo justo, lo bueno o lo bello, y crear normas y leyes que concreten dichos acuerdos. De ahí que Aristóteles concluya que el hombre es por naturaleza un animal político. Los seres humanos solo podemos desarrollar nuestra naturaleza racional en convivencia con los demás. Por tanto, a diferencia de lo que pensaban los sofistas, la sociedad no es ninguna creación artificial inventada por los hombres para aprovecharse de las ventajas que nos ofrece la vida en común. De acuerdo con Aristóteles, la vida en comunidad política, la polis, es parte de nuestra constitución humana más básica y elemental. Como en Platón, la ética conduce inevitablemente a la política.

La diferencia estriba en que Aristóteles entiende la justicia como igualdad. Esta idea se manifiesta de dos maneras según el ámbito de los deberes a los que se refiera: la justicia conmutativa, que regula las relaciones particulares entre individuos; y la justicia distributiva, que se ocupa de los deberes que tiene la sociedad con los individuos.

La justicia conmutativa es la igualdad o equilibrio en el intercambio de bienes entre iguales, como las relaciones comerciales. Así, por ejemplo, la igualdad de valor de los bienes que se intercambian es una condición básica para que el intercambio pueda considerarse justo.

La justicia distributiva es la igualdad o equilibrio en el reparto de bienes y de cargas entre los distintos individuos de igual rango dentro del colectivo social. Esto es, “dar a cada uno lo que le corresponda”. Ahora bien, según Aristóteles esta distribución debe estar en proporción al rango social y a los méritos personales de cada uno. De hecho, Aristóteles insiste mucho en la noción de mérito como criterio básico para una distribución justa. Aunque también señala que el mérito se puede entender de distintas maneras en función de la ideología política del momento. Así, en *Ética a Nicómaco*, el estagirita escribe: “lo justo en las distribuciones debe consistir en la conformidad con determinados méritos, si bien no coinciden todos en cuanto al mérito mismo, sino que los democráticos lo ponen en la libertad, los oligárquicos en la riqueza o en la nobleza, y los aristocráticos en la virtud. Lo justo es pues una proporción”.

Al igual que su maestro, Aristóteles también se ocupó de las formas de gobierno. Repite, fundamentalmente, la tipología tripartita que ya está en Herodoto y en Platón, pero añade un criterio de clasificación adicional dividiendo las diferentes formas de gobierno en dos grandes grupos: los gobiernos justos, orientados a lograr el bien común de todos los ciudadanos; y los gobiernos injustos, orientados a lograr bienes particulares para los que detentan el poder. Los sistemas políticos justos son: la monarquía, cuando el poder es ejercido por una sola persona; la aristocracia, cuando el poder está en manos de un grupo de individuos; y la democracia o politía, cuando el poder es ejercido por el pueblo, que busca el bien común. Los sistemas políticos injustos son: la tiranía, cuando el gobernante que ejerce el poder no busca el bien común, sino que aspira a beneficiarse a sí mismo; la oligarquía, cuando el gobierno está al servicio de los intereses particulares de un grupo de personas; y la demagogia, cuando la mayoría ejerce el poder para beneficiarse a sí misma, sin preocuparse del bienestar del resto de la población.

A diferencia de Platón, Aristóteles no creía que pudiera determinarse una forma ideal de gobierno que tuviera validez general, sino que dependerá de las particularidades del territorio, la economía y la sociedad. Por eso hay ciudades en las que el mejor sistema de

gobierno es la monarquía, otras en la que lo ideal es que gobierne la aristocracia y otras en las que una democracia es la opción más adecuada. Cualquier forma de gobierno puede ser justa y legítima si atiende al bien común. No obstante, Aristóteles reconoce que, si hubiera que diseñar una forma política preferible a las demás, lo ideal sería que atendiera al término medio, que es donde reside la virtud. Así, por ejemplo, Aristóteles señala que lo ideal sería establecer un gobierno moderado que tratase de evitar los excesos. Para ello, lo más aconsejable es que el poder esté en manos de la clase media, que es más justa y equilibrada. Aristóteles pensaba que cuando los ricos tienen el poder se corre el riesgo de que lo empleen para enriquecerse aún más. Del mismo modo, si son los pobres los que gobiernan probablemente se aprovechen de la situación para salir de la pobreza despojando a los demás de sus bienes. Sin embargo, la clase media no es ni muy rica ni muy pobre, por lo que es de esperar que huya de las actividades extremas y gobierne de forma justa y moderada.

7.- Algunas consideraciones finales

En definitiva, el proyecto aristotélico es, ante todo, un proyecto científico que aspira, en último término, al desarrollo de una ciencia empírica. En este sentido, hereda los problemas filosóficos más tradicionales como la explicación del cambio y la contradicción entre las propuestas de Heráclito y Parménides. A este respecto, debemos entender a Aristóteles siempre como un naturalista realista: los problemas de la realidad deben resolverse desde la propia realidad. No en vano es considerado el fundador de la biología y uno de los primeros empiristas de la historia.

Su pensamiento ético y político se mantiene, con algunas modificaciones, en la filosofía medieval, a través de la síntesis de Santo Tomás y sigue presente en nuestros días en la obra de autores como Alasdair MacIntyre.